LOS INFRACTORES

Personajes

Marta Osen
Jan Unker
Hombre
Secretario
Director
Señora
Un consejero
Otros señores del Jurado
Dos hombres

Época: A gusto del público.

Se estrenó en Granada, en 1970, en la «Semana de Autores Teatrales».

ACTO ÚNICO

La escena está dividida en dos partes: un amplio salón presidido por un descomunal sillón dorado, casi un trono, y un cuartucho miserable. En este cartucho es donde viven MARTA *y* JAN*, una pareja de edad indefinida, que a veces parece ser infinitamente joven y en ocasiones debe dar la impresión de ser muy vieja. Son dos seres despeinados, que visten ropas desflecadas e intemporales, aunque evidentemente viven en nuestros días. El lugar donde tienen su nido es una extraña habitación abuhardillada en la que, junto a montañas de libros y revistas de todo el mundo, se ven cacerolas, platos, sartenes y otros utensilios caseros, todo colocado en el más completo y maravilloso desorden. Los muebles son pocos, viejos y desvencijados: una vieja cama de matrimonio de hierro, una mesilla, una mesa de trabajo, tres sillas diferentes, una mecedora con el respaldo de rejilla roto y un infiernillo eléctrico. Un ventanuco por el que entra la luz, una puerta que comunica con un cuarto de aseo y otra que da a la calle, junto con una cuerda tendida de lado a lado de la habitación, de la que penden unas medias viejas y una camiseta de* JAN*, vienen a dar la tónica de este decorado –gris y sucio– en el que vive la pareja. Todo, a pesar de su estado, ha de resultar íntimo y acogedor en su irrealidad.* JAN*, sentado a la mesa, trabaja, mientras en el infiernillo hierve el agua de una cafetera vieja y oscura, de aluminio.* JAN *trabaja afanosamente. Por su aspecto y sus gestos deduciremos que ha pasado la noche trabajando. A pesar de ser de día, la luz del portátil que ilumina el sector de la mesa, está encendida.* MARTA *sale de lo que suponemos que es el cuarto de aseo. Viene en combinación –entre graciosa y harapienta– cepillándose los dientes y canturreando "Aleluya". Se*

acerca a la cafetera y la destapa. Echa en ella dos cucharadas de café y desconecta el infiernillo. En una pilita que hay cerca del infiernillo acaba de enjuagarse los dientes. Hace gárgaras y, por fin, queda su boca libre. Ahora canta el "Aleluya" con toda la letra. Y se mete de nuevo en el cuarto de baño. Seguimos oyéndola cantar. Su canción, obsesivamente repetida, servirá como fondo a la acción de JAN. JAN *parece que intenta, sin demasiado fruto, aprovechar los últimos instantes de su larga jornada. Ordena unos papeles, toma unas notas y hace un gesto de cansancio. Se quita las gafas, se frota los ojos enrojecidos, se relaja, suspira y, por fin, decide ponerse en pie. Se estira. Mira a través de la ventana, por la que se descubre un algodonoso paisaje de ensueño: tejados y antenas de televisión; de forma vieja, aquellos, y de irreales y retorcidas formas, éstas, envuelto todo en una suave niebla. Él silba distraídamente el "Aleluya", acompañando la canción de* MARTA. *Se apoya en el marco del ventanuco y con mirada cansina, ojos casi entornados, parece descansar. Vuelve a salir* MARTA *abrochándose la cremallera de la falda. Va hacia la cafetera y habla mientras vierte el contenido en dos tazas colocadas sobre un montón de libros y de revistas técnicas.*

MARTA.– Hace un día precioso para ir a Río de Janeiro. Claro que a lo mejor en Río de Janeiro está lloviendo... El mundo está loco... *(Con las dos tazas servidas va hacia la mesa de* JAN.*)* ¿Qué haces, Jan? *(Pronuncia la jota sajona.)* ¿Aún no te has tomado el café? No llegarás a tiempo.

JAN.– ¿Llegar? ¿Dónde hay que llegar, Marta?

MARTA.– Muy lejos. ¿Te pongo dos azucarillos?

JAN.– Bueno.

(Mientras ella pone azúcar al café, él va hacia la mesa. Ella apaga la luz del portátil que hay sobre la mesa.)

MARTA.– ¿Tampoco hoy te has acostado?

JAN.– Tampoco... Tengo que entregar a las once el informe...

(Le muestra un montón enorme de papeles escritos con letra espesa.)

MARTA.– ¿Lo has terminado ya, cariño?

JAN.– *(Asintiendo, feliz.)* Por completo.

MARTA.– Dentro de nada te veremos con los galones de capitán general de la empresa.

JAN.– Qué cosas tienes...

MARTA.– Es cierto... Vales mucho. Siempre lo he dicho... Mi Jan llegara más lejos que nadie... Eres tenaz, altivo y sumiso, agresivo y consciente, guapo y simpático... Tienes don de gentes y dotes de mando y capacidad organizadora. ¿Qué más puede pedir nadie? Además... *(Ha tomado el informe con una mano, mientras que con la otra lleva a su boca la taza y bebe un sorbo de café.)* Este informe es precioso...

JAN.– *(Sorbo de café.)* ¡Si no lo has leído!

MARTA.– Aun así, es precioso. Como tus corbatas. Cuando llevabas corbatas llevabas las corbatas más bonitas del mundo...

JAN.– Hace ya tanto tiempo...

MARTA.– Y desde que haces informes, haces los más bonitos... ¡Azul! *(Lo contempla.)* Un informe precioso... Precioso, Jan.

JAN.– Sí, realmente lo es, aunque me esté mal el decirlo. Pero en honor a la verdad, hay que reconocer que no es idea mía...

MARTA.– ¿El informe?

JAN.– El papel azul. Hemos recibido orden de hacer todos los informes en papel azul.

MARTA.– *(Contenta.)* ¿Por qué?

JAN.– Conforme a los últimos estudios realizados por la Comisión de Departamentos de Racionalización del Trabajo de los Racionales, se ha descubierto que el papel blanco quema demasiado pronto la vista del individuo. Y considerando que el precio de cada individuo –vista incluida– viene a resultar a un costo muy elevado, se ha llegado a la conclusión de que, para preservar la vista, lo mejor es utilizar papel azul. Recientes experiencias realizadas en ratones, monos y elefantes han permitido afirmar contundentemente que el papel menos nocivo para toda clase de ojos animales es el azul. Concretándonos a los empleados, el azul del papel descansa su vista y les sugiere amplios cielos infinitos, mares apacibles y serenos por los que surca la punta del bolígrafo como un delfín...

MARTA.– *(Que ha seguido con entusiasmo la explicación.)* ¿Es posible que un departamento de racionalización llegue tan lejos?

JAN.– Sí. *(Bebe café.)*

MARTA.– ¡Son unos poetas! ¡Unos poetas, Jan! *(Repitiendo, maravillada, a su manera.)* Gracias al elefante se ha descubierto que los ojos del hombre necesitan el azul. *(Interesadísima.)* Lo que es la ciencia, ¿eh? Cariño... explícame una cosa... ¿Qué reacciones se han experimentado con el papel azul?

JAN.– Verás... se forró de papel blanco la jaula de un elefante, y se observó que estaba todo el día desasosegado... hasta que llegó a mostrar síntomas de inestabilidad psíquica...

MARTA.– ¡No, por favor! En el hombre... Dime cuáles han sido los efectos en el hombre...

JAN.– Ah... en el hombre... *(Pensativo.)* Sí, creo que en el hombre estamos todavía en plena experimentación.

MARTA.– *(Sentándose en el borde de la mesa. Cruza las piernas.)* Entonces dime lo de el elefante...

JAN.– *(Entusiasmado.)* Los efectos son impresionantes. Imagínate que toda la inestabilidad síquica del paquidermo ante el papel blanco de la jaula desapareció por completo cuando le cambiaron el papel blanco por papel azul. Se tornó más apacible y risueño, empezó a barritar dulcemente y volvió a digerir sin problemas.

MARTA.– *(Radiante.)* ¿Se había normalizado su sistema neurovegetativo?

JAN.– Exactamente. Y su sueño empezó a ser más profundo y se le quitó el flato. Habían desaparecido los síntomas de angustia vital.

MARTA.– ¿Del mundo?

JAN.– *(Ponderado.)* Del elefante.

MARTA.– *(Después de un silencio en el que no puede ocultar su dicha. Ingenua y feliz.)* Eso es maravilloso, vida mía. Puede ser el primer paso para cambiar el mundo.

JAN.– Tal vez...

MARTA.– Se empieza por el elefante y ¿quién puede asegurar que no será un éxito la aplicación de esa teoría en el hombre?

JAN.– Ciertamente... la civilización tiende a ello y los sistemas y los cauces son favorables...

MARTA.– *(Acercándose a él y ciñendo suavemente su cintura, entorna los ojos mientras habla.)* Volar por el azul del cielo... discurrir los bolígra-

fos por el azul de las cuartillas... leer bellas noticias en el azul de los periódicos...

JAN.– *(Besándola tiernamente.)* Acaso tengas razón... puede que estemos a punto de entrar en la Gran Era de la Humanidad... Ya se han dado pasos importantes. Ha desaparecido la esclavitud... Existen prisiones de las que los reclusos salen los fines de semana para pasarlos con la familia...

MARTA.– ¿Y las guerras, Jan? ¿Desaparecerán también?

JAN.– Es posible... que... sí... tal vez... en cuanto se pongan de acuerdo Oriente y Occidente...

MARTA.– El azul..., el azul puede conseguirlo, vida mía...

JAN.– ¿El azul de las cuartillas?

MARTA.– Y el de los periódicos, y el del cielo, y el del mar... Se firmarán bellos tratados en papel azul...

JAN.– Pienso que acaso sería mejor que firmar tratados... ¡unificar el papel higiénico...!

MARTA.– *(Loca de alegría.)* ¡Jan! ¡Qué gran idea! ¿Por qué no se lo propones al Director Principal unificar el papel higiénico...?

JAN.– No será fácil.

MARTA.– ¿Por qué?

JAN.– Se opondrán ferozmente los culos aristocráticos.

MARTA.– *(Animándole.)* ¡Inténtalo! ¡Inténtalo al menos...!

JAN.– Ayer hablé de ello con los consejeros...

MARTA.– ¿Y qué?

JAN.– Ellos prefieren el papel couché blanco virginal.

MARTA.– *(Comprensiva.)* Claro... los culos aristocráticos... *(Sin resignarse, después de una pausa.)* Pero tú sabes hablar. Dales tus argumentos. ¡Triunfarás!

JAN.– Puede que lo intente hoy... aprovechando que he de entregar el informe...

MARTA.– Es el gran momento, ¡claro!, ¡date prisa, Jan! Estás a punto de conquistar al mundo... *(Le ayuda a ponerse la chaqueta.)* ¡Corre, vida mía! ¡No pierdas ni un minuto! *(Precipitadamente se pone la chaqueta, el sombrerito de azafata y se cuelga el bolso al hombro.)* Yo también tengo que irme, si no quiero que me despidan.

JAN.– *(Mientras, guarda apresuradamente los papeles del informe en un cartapacio.)* ¿Dónde vas hoy?

MARTA.– A Río de Janeiro.
JAN.– ¿Por el cielo?
MARTA.– ¡Como siempre! *(Ríe alegre.)*
JAN.– *(Después de un silencio.)* Muchas veces pienso en ti cuando estoy encerrado entre las paredes de mi despacho... Y me angustia pensar que estoy en una cárcel, mientras tú dominas el mundo... el espacio... el cosmos...
MARTA.– *(Tratando de darle ánimos.)* ¡Bah! ¡No seas tonto! Olvidas que yo también estoy encerrada... en la panza de acero de un pájaro sin vida... ¿Me prometes que mañana, cuando vuelva de Río, me contarás todo lo que pase hoy en el Consejo?
JAN.– Te lo prometo.
MARTA.– Gracias.

(Se miran y se abrazan. Van a besarse.)

HOMBRE.– *(Off.)* ¡Basta! ¡Basta! ¡Basta! ¡Ya es demasiado! ¡No sigan!

(Ellos, sorprendidos por la campanuda y autoritaria voz, se separan y miran por todas partes. De debajo de la cama sale un hombre, con bombín y paraguas, con una facha similar a la de los policías londinenses, que procuran confundirse con los caballeros de la "City". El hombre mira a la pareja con infinito desprecio.)

HOMBRE.– Así que todo es cierto... ¡Santo Cielo! Jamás hubiera podido imaginarlo. Espero que la infinita justicia de los hombres tenga piedad de vosotros...

(Los dos se miran atónitos, sin atreverse a responder ante tan feroz amenaza. El hombre se estira la chaqueta, vuelve a mirarlos ahora con pena y pasa por entre ambos, para salir pegando un portazo.)

JAN.– *(Recuperándose de la sorpresa.)* ¿Quién es?
MARTA.– *(Gesto de ignorancia.)* Pensé que era un amigo tuyo...

JAN.– Sabes que no me gusta traer amigos a casa...
MARTA.– Cierto, pero entonces... ¿quién es?
JAN.– ¡No dudarás de mí!
MARTA.– No, cariño... Te adoro...

(Se besan dulcemente. Largo silencio.)

MARTA.– Llegaremos tarde... Y no podemos permitirnos el lujo de perder nuestros empleos... Mira... *(Le muestra una pantorrilla con una media ahumada. Luego la otra sin media.)*
JAN.– Es preciosa...

(Ella se ha sentado. Él le acaricia la pierna.)

MARTA.– Sólo tengo una... La otra media ya se ha roto.

(Ella le besa con fuerza. Cuando van a salir los dos, dos hombres como el que salió de debajo de la cama, pero tocados con sendos cascos de policeman, se abalanzan sobre ellos. Luchan y los reducen. Ella grita. Él pregunta.)

JAN.– ¿Qué ocurre? ¿Por qué? ¿Por qué?
MARTA.– ¡Jan! ¡Jan! ¿Qué quieren ustedes? ¡Déjenme! ¡Déjenme!

(Uno de los hombres pega un zapatazo al tan traído y llevado informe y manda el cartapacio y las cuartillas por los aires de forma que éstas empiezan a revolotear por el cuartucho.)

JAN.– ¡Qué han hecho! ¡Es un crimen! ¡No pueden! ¡No tienen derecho! ¡Los demandaré! ¡Suéltenme! ¡Déjenme en paz! ¡Tengo que recoger las cuartillas. Hay que ordenarlas! ¡Suéltenme! ¡Suéltenme! ¡Miserables!

(Mientras hablaba y forcejeaba tratando de soltarse, los dos hombres le arrastran violenta y despiadadamente fuera del lugar. Oscuro.)

Se "hace la luz" en el descomunal despacho del director principal. Éste, sentado en un sillón que más parece un trono, está hundido entre muelles almohadones, escuchando la monótona lectura de un esmirriado y ceremonioso SECRETARIO *que está situado a su izquierda. A su derecha hay hasta doce personas –diez hombres y dos mujeres– que visten trajes del Far West y que están sentados y se comportan exactamente igual que los jurados de los "westerns". Naturalmente, ellos tienen los sombreros puestos y mascan chicle. De las damas, una hace calceta sin cesar, mientras que la otra se acicala mirándose en un espejito. Primero se pinta, luego se peina y por fin, cuando haya concluido estas tareas, se pintará las uñas y las irá soplando para que se sequen, por el derecho y el revés.*

SECRETARIO.– Y comprobada la veracidad de las sospechas por el personal afecto a los servicios informativos del Consejo General de Empresas Reunidas se han tomado las medidas precautorias que, a todos los efectos, previenen los vigentes reglamentos. En virtud de todo lo expuesto, se reúnen en el día de hoy los Consejeros Principales con el "Magnificente Director Principal" a fin de escuchar a los expedientados y así proteger su indefensión, después de lo cual se procederá a dictar la resolución que más justamente convenga a la aplicación de los reglamentos y demás órdenes menores aplicables.

(Reverencia al presidente, que sonríe como un imbécil. Luego golpea iracundo con un sable en la mesa.)

DIRECTOR.– ¡Silencio! *(No se oye una mosca.)* ¡Silencioooo! *(Pausa. Luego, muy satisfecho de su autoridad, dice en tono más dulce.)* Se abre la sesión.

SECRETARIO.– *(Como un ridículo eco.)* ¡Se abre la sesión! ¡Pasen los infractores!

(Entran, custodiados por los dos hombres fuertes, JAN *y* MARTA. *Quedan a prudente distancia, contenidos por un gesto de las manos de los hombres que permanecen a sus lados.)*

SECRETARIO.– *(Campanudo.)* La magnánima magnificencia del señor Director tiene a bien iniciar el acto. *(Seco, a los dos.)* Sus nombres.

MARTA.– Marta Osen.

JAN.– Jan Unker.

SECRETARIO.– *(Acabando de escribir.)* Oigan bien los cargos que se hacen contra ustedes...

JAN.– Por fin sabremos...

SECRETARIO.– ¡Sssilencioooo! Aquí sólo hablarán ustedes cuando se les pregunte. No obstante, se van a saber pronto los cargos. Se les acusa de infracciones permanentes. *(Lo dice muy campanudo y luego se queda tan ancho.)*

JAN.– ¿Infracciones?

MARTA.– ¿Qué infracciones?

SECRETARIO.– ¡Ssssilencioooo! Infracciones. Basta con eso. Ahora pasemos a los hechos.

*(*MARTA *mira hacia el* SECRETARIO. *Asiente.)*

SECRETARIO.– Señorita... Marta Osen... ¡Puaf! Señorita... *(Hace un gesto de complicidad al presidente, que sonríe con gesto de idiocia.)* ¡Ante todo sepa la Asamblea que esta mujer no es una señorita! *(Murmullos y gestos, y comentarios escandalizados de los jurados.)*

MARTA.– ¿Que no...?

JAN.– ¿No es una señorita?

SECRETARIO.– ¡Usted se calla! *(Lo dice a* JAN.*)* Y usted... *(Por* MARTA.*)* No es preciso que finja por más tiempo... Usted vive en su casa con un hombre...

MARTA.– Sí, señor... es mi amante... Todo el mundo lo sabe en la Compañía.

SECRETARIO.– ¿Desde cuándo es su amante?

MARTA.– Hace ya muchos años...

SECRETARIO.– ¿Comunicó que se habían liado?

MARTA.– Sí.

SECRETARIO.– ¿Cuándo?

MARTA.– Al día siguiente.

SECRETARIO.– Al día siguiente de qué.

MARTA.– Del día en que decidimos unirnos.

SECRETARIO.– ¿Lo comunicó con los requisitos que ordena el reglamento?
MARTA.– Sí, señor, como ordena el reglamento.
SECRETARIO.– ¿Hizo constar que era una unión irregular?
MARTA.– No, señor, porque no lo era.
SECRETARIO.– ¿Que no era irregular su unión con este hombre?
MARTA.– No.
SECRETARIO.– *(Fuera de quicio.)* ¡Irregular e ilegal! Sepa la Asamblea que esta mujer se unió al hombre no como establecen las normas de la empresa, sino al margen de las normas.
DIRECTOR.– ¿Insinúa el señor secretario que se unió a ese hombre en matrimonio?
SECRETARIO.– En efecto, en matrimonio, y no como establece el reglamento.
MARTA.– Señor... yo... comuniqué al departamento de personal...
SECRETARIO.– *(Chillando como un rata.)* ¡Bastaaa! ¡Basta de farsas! ¡Ese hombre no es su amante! Ese hombre es su esposo ante la ley, ante la justicia y ante Dios. Ese hombre es un impostor ante la empresa. Dígame el artículo seis, once a.
MARTA.– "Cesarán en el empleo todas las empleadas que hubieran contraído legalmente matrimonio."
SECRETARIO.– ¿Y qué dice el preámbulo decimoséptimo del reglamento?
MARTA.– "Toda actividad del personal volador, y muy especialmente la de las señoritas, impone un estilo amable, alegre y, si es preciso, frívolo! Si alguna señorita fuese sorprendida en estado melancólico, o con una verruga en el rostro, o hubiere contraído matrimonio..."
SECRETARIO.– ¡Exactamente! Al menos sabe el reglamento, pero ello no implicará nada en su favor. No olvide... Duro reglamento, sed reglamento.

(Ovación de los jurados.)

MARTA.– ¡Pero yo jamás he tenido verrugas, jamás he estado melancólica, siempre he sonreído! Incluso he tomado la mano de viajeros melancólicos que soñaban con el lejano hogar, o que empezaban a sentir bascas, o que estaban ebrios... Hasta he permitido libertades que no obligaba a permitir el reglamento, en bien de la empresa.
SECRETARIO.– *(Husmeando entre los papeles del expediente.)* El quince de abril le propuso un caballero mozambiqueño cenar con usted, ¡en Estambul!

MARTA.– *(Después de mirar a* JAN.*)* ¡No recuerdo!

SECRETARIO.– *(Sibilino.)* ¿No recuerda...? ¡La reclamación consta en el libro de reclamaciones!

JAN.– ¡No tenía por qué hacerlo!

SECRETARIO.– ¿Lo oyen? Habló el esposo, ante la ley y la justicia. Habló con sentido de la propiedad. ¿Qué más pruebas son necesarias para demostrar que esta mujer no es una señorita, sino que está casada legalmente? Por último, señores, vean esto... *(Muestra un gran papel.)* Una copia legalizada del acta matrimonial.

MARTA.– *(Al jurado.)* No le hagan caso. Sin duda, es falsa. Me uní a Jan porque le amo... ¡Pero no pueden condenarme, señores!, no pueden. ¡Soy inocente. Necesito ese trabajo! ¡Tengo que trabajar!

(El DIRECTOR *golpea de nuevo sobre la mesa con el sable.)*

DIRECTOR.– ¡Orden! ¡Orden! ¡Silencio!

(Hace un gesto cediendo la palabra al SECRETARIO.*)*

SECRETARIO.– *(Después de una reverencia.)* ¿Tiene algo que añadir la infractora?

MARTA.– Quiero vivir, señores... vivir con ciertas garantías... Quiero que cuando venga un hijo mío al mundo...

DIRECTOR.– *(Gesto de espanto.)* ¿También está embarazada?

SECRETARIO.– ¡Responda a la interpelación del señor Director!

MARTA.– No, pero quiero estarlo.

(Escándalo en las gradas.)

VOCES.– ¡Quiere estarlo! ¡Qué horror! ¡Santo Cielo!

MARTA.– *(Continuando.)* Quiero estarlo, sí, cuando tenga un futuro cómodo, porque la empresa de mi marido...

SECRETARIO.– *(Frotándose las manos.)* Su marido... je, je, je...

VOCES.– Su marido, su marido... su marido...

MARTA.– Su empresa no le garantiza un futuro risueño. Hay que ahorrar para que luego el niño estudie álgebra y preceptiva, judo y ballet. *(Al*

jurado.) Las escuelas son caras... y las pobres criaturas necesitan aprender a defenderse de las fauces bancarias.

SECRETARIO.– No trate la infractora de ablandar los bondadosos corazones de los señores Consejeros con argumentos sentimentales y plebeyos.

MARTA.– *(En tono muy bajo.)* Ya he terminado.

(La señora que estaba haciendo punto se levanta y va hacia el DIRECTOR.*)*

DIRECTOR.– En tal caso, sólo falta el veredicto de los señores Consejeros...

(Los señores consejeros se agrupan y empiezan a hablar todos a la vez. Mientras lo hacen, la señora que hace punto se vuelve y dice.)

SEÑORA.– ¡Estoy con la mayoría y el bienestar! No lo olviden. *(Ha llegado a la altura del* DIRECTOR.*)* Querido, ponte de pie... *(Él se pone de pie.)* Quítate la levita. *(Él se quita la levita.)* Necesito ver cómo está la sisa... *(Pega el jersey a la espalda del director.)* ¿Te gusta así de largo?

DIRECTOR.– Bueno.

SEÑORA.– Estarás muy guapo, querido... Cuando vayas a pescar con él, enamorarás a todo el mundo. Incluso a las sirenas... Y, además, aunque fumes la pipa, no importa. Las chispas no prenden. Es tejido de nuestra fábrica... Gracias, querido...

(Le besa y, mientras él se pone la levita, ella regresa a su sitio. MARTA *y* JAN *contemplan el espectáculo distanciados y, en cierto modo, divertidos.)*

DIRECTOR.– Señores Consejeros... *(Los consejeros siguen discutiendo sin entenderse. El* DIRECTOR *vuelve a golpear la mesa con el sable.)* ¡Silenciooo! ¡Silenciooo! *(Se hace por fin el silencio.)* Dictaminen los señores Consejeros. Esta mujer, es infractora o no...

SEÑORA.– Querido, ¿lo deseas con el cuello alto?

DIRECTOR.– Realmente no me había planteado si...

SEÑORA.– Creo que te hará muy bien para ir de pesca. Y, sobre todo, es una novedad. Jamás tuviste uno de cuello alto.

DIRECTOR.– Sí, cuando estaba en el colegio. Pero me picaba...

SEÑORA.– Angel mío... Sin duda tenías el cutis fino... poco curtido... Creo que te lo haré con el cuello alto.

DIRECTOR.– ¿No me picará?

SEÑORA.– Esperemos que no... Ahora que, si no quieres...

DIRECTOR.– Tal vez fuera mejor discutirlo despacio, delante de una buena copa, fumando un buen cigarro y considerando sin apasionamiento los pros y los contras.

SEÑORA.– Sabes que no es posible, querido. Me amas demasiado. Cuando empezamos a charlar ante una copa, siempre acabamos haciendo el amor. Recuerda el día que te enseñé mis guantes nuevos. También aquel día... Y no es que quiera criticártelo, Dios me libre, pero si no decides, jamás acabaré el jersey.

DIRECTOR.– Bien, entonces hazlo con el cuello bajo...

SEÑORA.– Es posible que no quieras...

DIRECTOR.– Querida... Compréndelo... Esta discusión puede hacerse interminable, y es preciso decidir...

SEÑORA.– Oh, perdona, no había caído... Entonces dices que lo haga con el cuello alto.

DIRECTOR.– Naturalmente, querida...

SEÑORA.– Eres un cielo... *(Le arroja un beso, muy risueña.)*

DIRECTOR.– *(Poniendo cara de circunstancia.)* Señores Consejeros... Espero el dictamen.

UN CONSEJERO.– *(Con pinta de cow-boy. Se pone en pie.)* ¡Infractora! Los señores Consejeros consideran a esta mujer infractora.

MARTA.– *(Con cierta ilusión.)* Oh, Jan... Soy infractora... Ello quiere decir que tú eres inocente...

JAN.– Eso nunca se sabe.

SECRETARIO.– ¡Silenciooo! ¡¡Silenciooo!! Ahora pasemos a considerar el caso de Jan Unker, acusado asimismo de la infracción del preámbulo del reglamento.

JAN.– ¡Jamás lo he infringido!

SECRETARIO.– ¡Silencio! ¿Es cierto que usted conoce bien los reglamentos? *(*JAN *asiente.)* ¡Diga el preámbulo...!

JAN.– "El personal de la empresa deberá comportarse con la más exquisita corrección y no se permitirán actitudes de ninguna índole de las que trascienda el menor indicio de desprecio a las buenas costumbres. Asimismo..."

SECRETARIO.– ¡Basta! Eso es todo. Ahora explíqueme su situación familiar.

JAN.– *(Mirando a* MARTA. *Ella le anima.)* Realmente... yo... *(Ella le anima definitivamente con un nuevo gesto.)* Sí, me casé con Marta Osen un día del mes de junio.

SECRETARIO.– ¿Se casó o se amancebó?

JAN.– Me casé.

SECRETARIO.– Sin embargo ella afirma que se unió a ella...

JAN.– Sí, pero ha sido declarada infractora, lo que quiere decir que si ella ha infringido algún reglamento, al casarse conmigo... yo soy inocente, ¿no es así?

SECRETARIO.– Ciertamente, no es así, por una simple razón... No está probado que el acta matrimonial sea válida...

MARTA.– Y si no está probado, ¿por qué se me declara infractora?

SECRETARIO.– Su caso ya se ha visto, señora... Usted no puede hablar. Aparte de que la consideración de cada hecho ha de hacerse en base a cada uno de los reglamentos... *(A la concurrencia.)* En el expediente consta un informe pericial sobre el acta de matrimonio presentada en la habitación por Jan Unker, a fin de cobrar los subsidios familiares... El informe dice así: "Ciertamente este departamento pericial no puede afirmar la ilegalidad ni la legalidad del acta matrimonial presentada por Jan Unker para demostrar su matrimonio con Marta Osen. Nuestras computadoras no han podido puntualizar este extremo, y la respuesta última de la computadora ha sido en el sentido de afirmar que no sería de extrañar que el acta fuera legal, aunque cabe la posibilidad de que sea una perfecta falsificación...

JAN.– ¡Mentira! ¡Eso es mentira!

DIRECTOR.– ¡Cállese! Silencio... *(Gesto al* SECRETARIO.*)*

SECRETARIO.– *(Justificándose ante la concurrencia.)* Evidentemente, la honradez del informe es absoluta. Por ello debemos recurrir a testimonios lo más fehacientes posible para esclarecer la situación... Señora Marta Osen... ¿Es cierto que usted presentó un escrito en la oficina de vuelo donde trabajaba, en el que afirmaba haberse amancebado con Jan Unker?

MARTA.– Sí. Pero aquí acaba de demostrarse que era mentira. Que estaba casada con él. Y se me ha declarado infractora.

JAN.– ¡Claro! Y eso quiere decir que ella es infractora y ha mentido, y que estaba legalmente casada conmigo... yo...

SECRETARIO.– Eso no quiere decir nada. *(Asentimiento de los jurados.)* Tenemos como hecho incontrovertible que esta mujer declaró estar unida a este hombre. Tenemos un acta matrimonial de dudosa legalidad. Tenemos un testimonio fehaciente de que intentaban unificar el papel higiénico. Yo pregunto: ¿Es o no es un hecho incontrovertible que la honorabilidad de este hombre está en entredicho?

(Murmullos de aprobación de los consejeros.)

JAN.– Pero todo esto es una barbaridad, señores. El acta es cierta. Hablen con el escribano notarial que la levantó...

SECRETARIO.– Desgraciadamente no puede testificar. Se ha jubilado. Su testimonio sería nulo.

JAN.– Hablen con... *(*MARTA *le dice algo al oído.)* Sí, eso, hablen con el Director de Pagaduría. Allí consta que percibo mis pluses matrimoniales desde que contraje matrimonio...

SECRETARIO.– Lo que, en el caso de existir indicios de infracción, sería motivo de un expediente de cantidades percibidas indebidamente, ¡señor Unker! *(Triunfante.)* No se da cuenta. ¡Calle! Calle su boca si no quiere complicar su delicada situación... *(A la concurrencia.)* Los argumentos que esgrime en su propia defensa, los propios señores Consejeros estimarán si son aceptables. En todo caso los hechos son como aquí se han expuesto y nadie ha contradicho... Ahora el Magnificente señor Director tiene la palabra...

JAN.– ¡Tienen que oírme! No pueden dejar así las cosas... Mi mujer y yo...

SECRETARIO.– No prejuzgue. No puede afirmar que esta mujer es su mujer más que en el caso de haber sido declarado no infractor. Si por el contrario se le declara infractor, no podrá decir que ella es su mujer...

JAN.– Pero si lo es... Si lo es... ¿Por qué tenemos que fingir? ¿Quién tiene derecho a escribir reglamentos que matan la libertad? ¿Por qué hay que someterse como bueyes al yugo?

SECRETARIO.– *(Cortándole. Seco.)* ¿Por qué se han casado o unido?

JAN.– Porque somos un hombre y una mujer... Porque nos queremos... porque tenemos un alma solitaria y un sexo solitario frente al azul del cielo y al blanquiazul de los papeles... Porque también los elefantes tienen angustia vital cuando abandonan la selva y...

SECRETARIO.– ¡Silenciooo! ¡Nada de procacidades...! ¡La sociedad ha terminado con lo que de animalidad e irracionalidad pudiera haber en el ser humano... no lo olvide!

JAN.– ¡Mentira! La civilización lo único que consigue es...

(Gesto del SECRETARIO *que produce un contundente efecto en los hombres que custodian a la pareja. Los dos se abalanzan sobre él y lo hacen callar tapándole la boca. Uno de ellos lo sujeta mientras el otro hace callar a* MARTA*, que grita.)*

MARTA.– ¡Déjenlo! ¡Es mi marido! ¡Tiene razón! ¡Todo es mentira! ¡Embusteros, embusteros!

DIRECTOR.– *(Mientras los consejeros comentan a media voz, alarmados.)* ¡Silenciooo! ¡Silenciooo! ¡Silencio o haré callar a todos por la fuerza!

(Poco a poco se restablece el silencio. El DIRECTOR *hace un gesto al* SECRETARIO.*)*

SECRETARIO.– *(Después de una sonrisa y una reverencia.)* El magnificente señor Director tiene la palabra. Antes de concluir conviene recordar que este hombre y esta mujer pretendían unificar nuestros traseros!

(Escándalo general.)

DIRECTOR.– Señores consejeros... ¡Silencio, silencio, por favor! ¿Consideran a Jan Unker infractor o no infractor?

SEÑORA.– Oh, querido, creo que también podríamos hacerlo abierto, con botones jaspeados.

DIRECTOR.– Cariño, te ruego que lo demores unos instantes. Es sólo el tiempo necesario para concluir.

SEÑORA.– Desde luego... Te ruego que me perdones, ¡soy tan tonta...! *(Ríe estúpidamente. Se sienta.)*

DIRECTOR.– ¿Han deliberado los señores Consejeros?

UN CONSEJERO.– *(Barrigado y con una banda azul debajo del frac.)* Se ha deliberado por el Consejo de Consejeros y consideramos a este hombre... *(Pausa expectante.)* ¡Infractor! *(Un eco espeluznante empieza a envolver al hombre y a la mujer.)* Infractor... or... Infractor... or... Infractor... orr. Infractor... Infractor, infractor, infractor... or... or... or...

(Se empieza a oír una alegre música de vals. Acaso un vals de Strauss, como "El Danubio Azul" o "Rosas de primavera".)

SECRETARIO.– ¡Se levanta la sesión!

(A los compases del vals todos los personajes van saliendo. Incluso pueden salir bailando. Todos emparejados y risueños parece que se hallan en un baile de sociedad de principios de siglo. Los últimos en salir son los dos guardianes, que se van emparejados, bailando al son del vals detrás del SECRETARIO. *Quedan solos en el suelo* MARTA *y* JAN. *Después de una pausa, en la que se limitan a mirarse, empiezan a hablar.)*

MARTA.– ¿Crees que el papel azul cambiará todo, Jan?

JAN.– Los destinos de la Humanidad son muy oscuros... No se puede afirmar...

MARTA.– ¿Y negar...?

JAN.– ¿Crees que debemos negar?

MARTA.– Aún somos jóvenes para negar...

JAN.– ¿Y después?

MARTA.– Después me saldrán arrugas y verrugas...

JAN.– Pero no importa demasiado, querida... El mundo gira y gira...

MARTA.– Pero mientras ¿qué haremos?

JAN.– No sé, tendré que pensarlo.

MARTA.– Hay que hacer algo...

JAN.– Algo... sí... Algo... Se me está ocurriendo...
MARTA.– Que...
JAN.– Acaso no se hayan hecho experimentos con colores más bellos...
MARTA.– Es verdad...
JAN.– Puede que consigamos un color suave y acogedor que penetre por los ojos y llegue a invadir el alma...
MARTA.– De los elefantes...
JAN.– ¡Claro! Y de los monos...
MARTA.– ¿Y también de las ratas...?
JAN.– ¡Sin duda!
MARTA.– ¿Y de los hombres...?
JAN.– Eso ya no lo sé...

(Está triste. Un silencio.)

MARTA.– Jan, no te apures... No puedes saberlo todo... Sabes mucho y aún llegarás a saber más, pero acaso acabemos sin saber si los hombres son buenos o malos...
JAN.– Para eso hace falta llegar a la máxima sabiduría, ¿verdad? *(Busca la protección de ella.)*
MARTA.– ¡Verdad! Y la máxima sabiduría no es cosa de los hombres...
JAN.– Gracias, Marta... Gracias...

(Se acerca a ella. Los dos se miran. Se abrazan fuertemente. Ella empieza a llorar. Él aprieta fuertemente los dientes mientras besa el pelo de MARTA. *Vuelve a escucharse el vals. Telón.)*